

pocos pasos del barón, y pareció abismado en la contemplación del escaparate de un farmacéutico.

El barón entró en la casa.

Inmediatamente el agente entró detrás de él y, dirigiéndose á la portera, preguntó:

—Decidme: ¿tiene esta casa más de una salida?

—A menos que se agujere una pared, no se puede salir más que por ahí—dijo mostrando la escalera.

—Bueno—dijo el agente.

Encendió un cigarro y salió á la calle.

El barón subió la escalera.

Cuando llegó al tercer piso se detuvo ante una puerta de dos hojas y llamó.

Una criada salió á abrirle.

—¿Olimpia?—preguntó.

—La señora está ahí—contestó la criada indicando la puerta de la sala.

Saint-Aubin empujó la puerta con gesto brusco y entró.

XVII

Ruptura de amantes.

Olimpia estaba en su habitación como un viajero entre sus maletas, esperando el ómnibus.

Al ver á su amante se levantó del divan en que estaba tendida, y le salió al encuentro diciéndole:

—¡Por fin, tú!

Saint-Aubin pareció olvidar su crítica situación y la miró un instante con admiración,

Ella, siempre tan cuidadosa de su persona, tan deseosa de agradarle, se cuidaba poco ahora de esto.

Se había peinado de cualquier modo: su ancho peinador, mal atado alrededor de su cintura, atestiguaba un descuido á que el barón no estaba acostumbrado; una de sus medias caía en espiral sobre una zapatilla deteriorada.

El barón cogió á Olimpia por el brazo y empujándola hacia el diván de que acababa de levantarse:

—Siéntate ahí—dijo—vamos á hablar.

Olimpia no pareció sorprendida.

Se sentó, sin decir una palabra, con el corsé desabrochado, y se recostó con la cabeza apoyada en uno de sus brazos.

En verdad que era una de esas cuya escultural belleza apasiona á los hombres y parece indestructible.

Saint-Aubin dejando á un lado el asunto que allí le llevaba, dijo:

—¡Estás siempre magnífica!

—¿Eso te parece?

—Perfectamente. Y me admiro de que no haya habido algún gran artista que te haya ofrecido una fortuna.

—¿Por qué?

—Nada más que por servirle de modelo.

—En otros tiempos... hace mucho, lo hicieron... cuando era joven.

—¿Y?

—No quise.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaba: ahora es esa una idea que no ocurrirá á nadie.

—Pero...

—Nada de cumplimientos... Yo sé lo que valgo. Estoy ajada, gastada, pero me es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque renuncié á todo.

Olimpia calló.

Los dos se observaban con desconfianza.

Ella fué quien repuso primero:

—¿Qué es lo que tienes?

—¿Yo?

—Nunca te he visto como hace un momento.

—¡Bah!

—Mi palabra, cuando entrastes, parecía que ibas á devorarlo todo, á destrozarlo todo.

—¿Tuviste miedo?

—En mi vida lo he tenido á nada.

—Te alabas.

—¡Ah! sí, tuve miedo á un accidente en el que pensé mucho y que me atormentaba.

—¿Cuál?

—Tuve el miedo que tienen todas las mujeres en mi posición, que envejecen y sienten que sus buenos tiempos se pasan: el miedo de ser abandonadas...

—Tú sabías bien...

—¿Qué?... ¿Qué tú me cumplirías tu palabra, que no harías lo que los demás, que estaríamos unidos toda la vida? Lo creía, sí; era bastante estúpida para meterme esa idea en la cabeza. Es increíble, pero hay cosas que uno no puede figurarse y que ocurren. Llegué hasta suponer casi que no éramos más que uno. Si tú me hubieras pedido, hubiera sido lo que hubiera querido, no te lo hubiera negado. Bien te lo probé la noche que me llevaste allí,

á los alrededores del camino de hierro de circunvalación... ¡Había una fuerza que me obligaba á marchar á pesar mio! No me gustaba, y, sin embargo, iba porque creía salvarte. Me habías contado historias... embustes.

—¿Qué mentiras?

—Bien lo sabes... Que aquel joven, el pasante, conocía tu asunto de Londres, que quería hacerte hablar, que ya no estabas seguro...

—Pero...

—¿Conocía también tu asunto de Londres ese pobre marqués de Caylus, un joven tan bueno, tu amigo... á quien levantaste la tapa de los sesos?

—¡Olimpia!

—¡Di que no es verdad; sí, dilo! ¡Dímelo á mí!

El barón no contestó.

Estaba delante de Olimpia, inmóvil, preguntándose adónde quería ella ir á parar, mirándola á los ojos como para penetrar su pensamiento.

A estas palabras comenzó á comprender.

Tuvo un movimiento de cólera, y con los dedos encorvados como garras, dió un paso hacia adelante. Ella le paró.

—¿Vas á matarme también á mí?—le dijo.— ¡Ten cuidado! Hay gente en la casa y es de día...

—¡Ah!—murmuró el barón.—¡Sí, tú eres quien me ha vendido!

—¿Lo estás?

—Tú lo sabes mejor que nadie.

Se arrojó sobre ella, la cogió por una muñeca y apretó con toda su fuerza.

Olimpia se sonrió diciendo:

—¡No te molestes, es sólida!

Y desprendiéndose sin esfuerzo, se levantó y avanzó á su vez hacia él, diciendo:

—Pues bien; sí, tú lo has dicho. Yo soy quien te ha vendido, pero no como tú piensas; no á la policía, que aborrezco; no á los rufianes del Palacio de Justicia...

—¿A quién, pues?

—¿A quién? ¿No lo sabes todavía? Pronto recibirás su visita. Ese no irá á denunciarte; no pondrá á los gendarmes en persecución tuya. Yo no me he educado en Saint-Denis, ni en los Oiseaux; pero ni aun por vengarme de un embustero y de un cobarde iría á entregarle á los rufianes de la Prefectura. ¡Ah! no.

—¿Qué has hecho, pues?

—Escucha. Cuando vi que te burlabas de mí, contándome mil embustes, en lugar de decirme la verdad buenamente, como á una compañera y una amiga...

—¿Qué verdad?

—Que te habías cansado de mí, que buscabas otra mujer, que no te gustaba ya, me dije que todo había concluido entre nosotros... Y además, estaba mal de la cabeza... Lo que había pasado me volvía loca... Necesitaba verte... Fui á buscarte á tu casa... Habías salido; volví, no estabas... Hice que te dijeran que quería hablarte... No te molestaste en venir... Entonces, en un momento de cólera, lo dije todo.

—¿Todo?

—Sí, lo de la fábrica de billetes falsos, lo del asesinato de Chavarux, lo de la calle de Vaneau, que no lo vi, pero me lo figuro como si hubiera estado allí... Cuando tu joven entró, debías estar allí con el marqués... Te conozco

y sé de lo que eres capaz... Lo que no comprendo es lo que pudiste decir al pobre Caylus para que te dejara entrar... ¡Hubiera debido desconfiar de un mocito de tu especie!

Olimpia se expresaba con una violencia fría y un cinismo horrible.

Desafiaba á su amante. Tenía una mano apoyada en la cadera y el brazo izquierdo en guardia, como si esperara un puñetazo ó una puñalada. Concluyó diciendo:

—¡Ah! tanto te interesa esa joven... quieres casarte con ella, hacer de ella una baronesa, hazlo... Yo no asistiré á la fiesta... Me retiraré, estoy decidida á abandonar París... Me he despedido del casero y como puedes ver, me voy... ¿A dónde? No lo sé aun. A uno de esos puntos donde se puede vivir con poco dinero. Tengo algunas rentas, no gran cosa. No haré la tontería de quedarme en París, para comerme lo que tengo y verme un día de portera en cualquier tabuco. Lo que siento es haber estado demasiado tiempo aquí.

Bajó la voz.

—Ves—dijo—lo que pasó en el puente de la Tournelle me atormenta... Se que no estaré tranquila lo que me resta de vida. Pero antes tenía excusa, la horrible necesidad de comer que tu no conoces... Un temblor nervioso la agitó y ocultó su rostro con las manos murmurando:

—Ya no tendré jamás un minuto de reposo. Le verá y me parecerá siempre que vienen á prenderme...

El barón, inclinándose hacia ella, preguntó:

—¿De modo que tu has creído que ya no te quería?

—¡Sin duda!

—¿Qué quería á otra?

—¡Eso es claro!

—¡Pero, desgraciada, yo no quería más que sus millones!

—¡Es pobre!

—Ella lo cree... Yo, sabía lo contrario. Es inmensamente rica y lo será más... Esto es un secreto que he sorprendido... El pasante lo sabía también... ¿Entonces, comprendes?

—No.

—Podía revelárselo á otros... Y yo quería esa fortuna... Era como si hubiera encontrado una mina de oro y quería ser solo en poseerla... ¿Qué era preciso hacer? Casarme primero con esa joven...

Olimpia observó:

—¿Por qué no me hablas tú de eso?

—Porque esperaba el momento oportuno: quería estar seguro del éxito... Te hubiera dicho: «Estamos perdidos... La fuente de donde yo sacaba mis recursos está agotada... Nos vigilan... Savit y Count tienen miedo... He encontrado otra cosa, una joven, muy rica, que no tiene más que presentarse para recoger millones. Ella lo ignora. Al casarme con ella, pongo la mano sobre los millones. Es nuestra salvación... Yo no puedo vivir con algunos billetes de mil francos que me quedan... Necesito un hotel, criados, caballos, dinero para sembrarlo sobre el tapete verde, una querida, en fin...» Ese Chavarux me había dado informes, pero me amenazaba con dárselos á otros. Y además él tenía pretensiones. Era un antro en el cual yo no tenía nada para echar. Sepultado bajo treinta pies de agua no hablará.

Muerto él, yo era dueño de la plaz. Todo iba bien... La joven estaba casi ganada... Yo había conquistado á su amiga... Las desgraciadas debían mirarme como un salvador. Entonces fué cuando llegó el marqués de Caylus. Estaba loco por esa joven, y á fé mía creo que ella le amaba... El tenía todas las probabilidades... Tuvo la imprudencia de decírmelo... Me cegó la cólera... No quise que mi primer esfuerzo se perdiera. Nada era más fácil para mí que introducirme en el hotel de la calle Vaneau, cuya puerta estaba abierta para que ella entrara. Tu adivinas el resto... ¿Por qué azar esa Aurora Milton pudo entrar en la casa en donde no había más que un cadáver y cuya puerta había cerrado yo? Era una fatalidad. Al día siguiente la hubiera encontrado miserable, desesperada, y no teniendo otro medio de salvación que aceptar mis ofertas!...

Esto hubiera sido la realización de mis sueños, una fortuna sólida, y el fin de una existencia precaria, cuya angustia he podido conocer yo solo. Tú eras el encanto. Yo te hubiera colmado de bienes, preparado un porvenir tranquilo. Compañera de mis malos días, lo hubieras sido de los buenos...

Olimpia le escuchaba sin desplegar los labios sin pestañear.

—¿Qué hubieras hecho de ella?—preguntó.

Y como no contestase, añadió:

—¿La hubieras amado?

—Ya te he dicho...

—Cuentos que no creo... Es hermosa, todo el mundo habla de ella. Preciso es que sea verdad. Todos la perseguís... Necesitaba una virtud á prueba para resistiros.

Se sulfuró de nuevo.

—Y además, aunque estuvieses aquí hasta mañana, tratando de convencerme, ¿qué quieres que haga yo? Era preciso haber venido hace dos días, cuando fui á buscarte. Ahora es demasiado tarde...

El barón se encogió de hombros con frialdad.

—Lo sé—dijo.—En este momento hay delante de la puerta agentes que me vigilan.

Olimpia exclamó:

—¿De veras?

—¡Imposible para mí dar un paso sin ser visto.

—¿Qué dices?

—Que si quisiera escaparme, ir al tren, me echarían mano en seguida.

—¡No es posible!

—¡Mira!

Olimpia se acercó á la ventana, levantó un poco la cortinilla, y dijo:

—¡Es verdad!

Volvió hacia donde estaba su amante:

—¡Yo no comprendo!—dijo.—Ese á quien he escrito, no podía venderte.

—¿Por qué?

—Por nada... porque no puede ser.

—¿Dónde está?

—En provincias...

—¿Su nombre?

—Pronto lo conocerás...

—¿Qué esperabas de él?

—¡Qué se yo!... Yo había perdido la cabeza... Creía que él vendría á verme, que yo le amenazaría con decir todo y que como precio á mi silencio impediría ese casamiento que yo no quiero.

—¿A pesar de lo que te he dicho?

—¡A pesar de todo!

—¿Por celos?

—Sí, por celos.

Olimpia repitió con cólera:

—¡Yo no quiero... yo no quiero!

El baron permaneció tranquilo.

—¿De modo que tú hubieras preferido verme miserable?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Sí.

—¿Condenado tal vez?

—Sí. Yo no quiero que después de lo que hemos sido y de los lazos que nos unen, otra se llame la baronesa de Saint-Aubin.

—¿Entonces tú has escrito?...

—Sí, anteayer... Te esperába... No vinistes... Es una desgracia... Yo estaba nerviosa, enferma... Tus declaraciones á esa joven colmaron mi desesperación.

—¿Dónde pusistes la carta?

—En el correo.

—¿Tú misma?

—Sí.

—¿No notaste nada?

—Espera: Sí... en la acera de enfrente había un hombre vestido poco más ó menos como ese que está ahí... Me siguió. Entró en la estafeta, me acuerdo... Yo puse la carta en el buzón... El me miraba...

—¡El sobre!

—¿Quiéres saberlo?

—Dilo... Será el último favor que te pediré.

—Señor barón de Saint-Aubin, en la Torre Blanca.

Un acceso de terrible cólera se apoderó del barón.

Levantó la mano y exclamó:

—¡Desgraciada!

—¡Y bien, qué! ¿No hubiera sido peor que se la hubiera enviado á ese Danglas que ha estado ya á punto de encerrarte? ¡Algo hubiera dado él por esa carta! y tu padre no se la va á dar...

El barón se quedó pensativo.

Examinó con una mirada aquella mujer, de la que había hecho su cómplice, su compañera y no leyó nada en su cara, hermosa sin duda, pero baja y vil más que una obstinación bestial, una testarudez invencible en esa pasión, causa de tantas violencias y crímenes, que se llama celos.

Después de todò, él no tenía más que lo que merecía.

El había dicho hacía tiempo á Piriac:

—Esa mujer es mi debilidad.

Y Piriac le había contestado:

—Ella te perderá.

Por ella era por quien se había perdido.

—Tu carta no ha llegado á su destino—dijo muy sombrío,—felizmente para tí. Yo te hubiera levantado la tapa de los sesos y luego me hubiera matado.

—¿Dónde está, pues?

—En manos de la policía. Velaba.

—¿Entonces se sabe todo?

—Todo.

—¡Máximo!—exclamó Olimpia temblando.

—¿De modo que soy yo quien?..

—¡Me ha perdido!...—dijo el barón.—Está bien... No hablemos más... ¡Adiós!—dijo.

Se dirigió hacia la puerta.

¿Tuvo Olimpia remordimiento por lo que había hecho?

Tal vez.

Se le antó, y poniéndose delante de él:

—¡Máximo!—suplicó.

El la rechazó con un gesto.

—¡Todo ha concluido entre nosotros!—dijo.

¡Porque no has tenido confianza! ¡Adiós!

Olimpia no se atrevió á detenerle y le siguió con la vista.

El barón desapareció.

Se dirigió hacia el Arco de la Estrella, con paso tranquilo, la cabeza levantada, casi sonriente.

Pensaba:

—Mi padre no ha recibido la carta... Podrá dudar todavía.

El hombre de la policía le seguía á treinta pasos, y parecía decir:

—Estate tranquilo, mi bravo; no te escaparás.

El barón llegó á su hotel.

Piriac estaba á la puerta.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó el amo.

—Aquí hay un caballero que te espera.

—¡Ah!

—Viejo, tieso aun, con una hermosa barba blanca.

—¿Dónde está?

—En el salón.

El barón había temblado á las primeras palabras de Piriac.

Permaneció un momento inmóvil, lleno de estupor.

Comprendía.

Después hizo un esfuerzo sobre sí mismo, recobró su sangre fría y entró.

XVIII

El verdadero juez.

Máximo Saint-Aubin se había equivocado. El solitario de la Torre Blanca había recibido la carta de Olimpia.

Pero los carteros llegaron muy tarde al fondo de ciertas campiñas.

La Torre Blanca es una de ellas.

El viejo barón vivía allí como un hermitaño, en compañía de un criado que no había querido abandonarle.

Se hubiera considerado feliz si no hubiera estado constantemente asaltado por uno de esos terrores que no se pueden dominar.

La existencia misteriosa de su hijo, su riqueza, más aparente que real, y su espantoso lujo.

Esperaba á cada momento cualquier catástrofe, y lo que sobre todo temía no era el naufragio de sus esplendores, que él despreciaba, sino el honor de su nombre.

En el momento en que el peatón entró en su casa estaba, á pesar de su edad, ocupado en cultivar su huerta, como un simple jornalero.

Aquella huerta constituía el más seguro de sus recursos.

Grande y cercada por paredes, con árboles frutales y legumbres que la cerca preservaba de los vientos, era bastante productiva, gracias al mucho trabajo del amo y del criado.

El anciano tembló al tocar el sobre de aquella carta, cuya letra le era desconocida, y que venía de París.

Presentía que era portadora de una mala noticia.

Cuando la abrió experimentó una emoción tan fuerte, que su criado le preguntó:

—¿Qué tenéis?

El pobre señor no podía decirlo.

Un temblor convulsivo le agitaba.

Lo que en la carta le decían superaba á sus previsiones más sombrías.

No era solamente, como él había temido, que su hijo se hubiese entregado á maniobras indignas de un hombre honrado para procurarse el maldito oro que tanto había ambicionado toda su vida.

Su hijo era un falsificador y un...

¡Jamás se hubiera resignado el anciano á pronunciar esta palabra!

Y entonces vió su apellido lanzado por las mil voces de la prensa á todos los ecos del país, ajado para siempre, arrastrado por el fango.

Un velo pasó por delante de sus ojos.

Estuvo á punto de caer al suelo.

Pero su buena sangre de auvernés recobró bien pronto su curso tranquilo y tuvo la fuerza de afrontar aquella terrible situación, buscando medios de salir de ella salvando lo que se podía todavía de aquel honor que le interesaba por encima de todo.

Y, dirigiéndose á su criado. ó más bien su compañero y su amigo, porque desde hacía mucho tiempo no podía pagarle sus salarios.

—Jerónimo —le dijo.

—Señor barón.